

La práctica psicoanalítica y la vida personal *

Guillermo Lancelle

Maure 1560, 7° P.
(1426) Buenos Aires

Toda referencia del psicoanálisis a la vida personal parece ser obvia porque es suficientemente clara en el plano conceptual. En tal sentido bastaría decir, para no ser redundante, que como procedimiento terapéutico facilita el acceso a una vida personal plena a quienes lo tienen bloqueado a causa de factores psicológicos diversos. Por ende, aunque naturalmente esté siempre rozando el ámbito personal —y en eso estriba su difícil sutileza— no se entromete en la intimidad del paciente. El análisis se de-

* Agradezco a mis numerosos colegas en quienes este artículo encontró eco durante el Simposio 1986 y después de él. Fue todo mi propósito despertar esa resonancia en una reflexión común, no importa la forma, si concordando amplia o parcialmente o disintiendo en ésto o en aquéllo con mis ideas. Escuchar y ser así escuchado fue el estímulo para su publicación, que no era la intención abrigada al escribirlo.

tiene en el umbral del campo íntimo, no manipula ni organiza la vida personal de nadie. Cabe agregar que el encuadre y las prescripciones técnicas tienen el propósito de asegurar tal discriminación necesaria y útil; al mismo tiempo sirven para que la privacidad personal del analista se mantenga preservada no obstante su indispensable participación afectiva.

Por otra parte nadie ignora que si bien la instrumentación de todo ello no impide que la práctica clínica nos siga presentando complicaciones emocionales concretas, también es cierto que encontramos dentro de los mismos parámetros analíticos los medios que ayudan a resolverlas en el nivel operacional.

Hace un siglo no existía ni en ciencia ficción semejante medio terapéutico que ha convertido en regularmente tratables a muchas perturbaciones que eran intratables. Su refinamiento "técnico" y clínico ha abierto posibilidades que eran insospechadas.

No hace falta agregar una palabra más acerca de esta realidad que es suficientemente conocida por los psicoanalistas.

En cambio, si se encara la cuestión ya no desde el mencionado ángulo de la disciplina analítica sino desde el de la persona que la practica, o sea desde un ángulo personal, el enfoque resulta de una dimensión muy distinta. Esta dimensión comprende a paciente y analista. La condición humana común impone referirnos a uno sin hallar involucrado al otro.

Diré luego por qué tengo la impresión de que en la actualidad es necesario visualizar (también) la cuestión desde el ángulo personal. Pero es bueno aclarar primero que esta perspectiva no implica introducir un ingrediente ajeno al análisis, sino sólo prestar atención a lo que se dio siempre por sentado: la naturaleza subjetiva (personal) de su objeto y de quien lo ejerce, que son —además— condiciones del carácter intersubjetivo de su procedimiento. Porque, en su realización sustancial, el psicoanálisis es un diálogo, lo que se llama un "diálogo verdadero" (F. Mora) ya que se trata de una comunicación viva entre personas como tales.

La originalidad del psicoanálisis no está en la invención del diálogo, sino en haber creado condiciones para posibilitarlo en circunstancias donde parecía imposible y para llevarlo a cabo con un fin singular, el terapéutico. Pero estas condiciones —su específico modo asimétrico y unívoco, el exhaustivo análisis didáctico, la formación y entrenamiento

clínico y teórico profesionales, etc. —no hacen, ni es su propósito, como dice Levy-Valensi, que dejemos de encontrarnos siempre ante un sujeto frente a otro. O en otras palabras, dichas condiciones ideadas para posibilitar un diálogo, no cambia ni suprime al diálogo como realidad fundamental.

No sería de extrañar, sin embargo, que la obligada dedicación exhaustiva a estudiar, entrenarse, compenetrarse y mantener esas condiciones analíticas específicas y necesarias del diálogo, hiciera perder de vista el diálogo mismo. En otras palabras, que diera lugar a una "separación de hecho" entre sujeto y sujeto, o sea una relación impersonal. No por ser fatídico debe descartarse el riesgo de matar algo a fuerza de cuidados.

En mi opinión, efectivamente algo de esto viene sucediendo y la "separación de hecho" existe aunque en forma inaparente y solapada.

No se me escapa que este tipo de apreciaciones no es fácilmente demostrable ni refutable, es materia discutible, puramente subjetiva por definición. De eso se trata y, como tal, el fin no es demostrar sino reflexionar. Tampoco se me escapa que nada de esto es, estrictamente hablando, cuestión de técnica ni de teoría del psicoanálisis. Precisamente creo haberlo planteado así de entrada y no puede decirse que eso disminuya la importancia del enfoque ni afecte su pertinencia. Al contrario, empezaría por recalcar que los psicoanalistas, además de hablar entre nosotros de psicoanálisis, en la actualidad resulta indispensable que también hablemos como personas humanas, y que como tales tratamos a personas humanas mediante la dedicación a la disciplina analítica.

A quien dijera que así podría incurrirse en una confusión de planos, le contestaría que es preciso mantenerlos bien y concienzudamente deslindados, pero que no por deslindarlos hay que suprimir alguno. Si se observara que lo mismo valdría para los hombres de cualquier profesión, ¿por qué no admitir que en general tal práctica es saludable para quien sea? Pero ocurre en nuestro caso particular, que no es sólo el de la persona que ejerce una profesión sino, a la vez y sobre todo, una profesión que ejerce la persona como tal. De tal suerte ella cuenta con la calidad de la vida personal, que su descuido afecta a la otra por arrastre.

Aquí no viene al caso repetir lo elemental: damos por descontado la ausencia, en el analista, de cualquier perturbación mental. No es algún estado psicopatológico al que me refiero,

a alguna condición que por estar signada por la represión o la disociación y sus efectos, digamos, sea tributaria indispensable de una indicación de análisis. Por ahí se empieza, y se sigue, hasta donde sea necesario. Voy más allá, me refiero a esa otra dimensión, espiritual si se quiere, la cual es rica; honda o densa, o bien por el contrario, pobre, superficial o rala, la cual no puede aludirse sino como la vida interior del hombre, su vida íntima o personal¹. Al cultivo de su calidad es a lo que estoy refiriéndome.

Probable y paradójicamente tal vez sean muchos "analistas" y muchos "analizados" quienes, más que nadie y en contra de la tradición freudiana, tengan prejuicios y ceguera contra esta evidencia que nos muestra la introspección, la comunicación verdadera con el otro, el arte y todas las demás manifestaciones perdurables de la cultura que no son mundo físico, mental ni exterior. Y aunque ninguno afirmarla que la vida personal empieza y termina en el análisis, de hecho así resulta para quienes lo profesaran con un reduccionismo mental totalitario que no se detiene ante nada. Esto termina en el absurdo de un "sentido de la vida" práctico que consiste en analizar todo, una especie de psicoanálisis aplicado silvestre.

Aunque es imprecisable en qué punto esta apreciación puede empezar a ser exagerada o no, no dudo que marca una lamentable y peligrosa inclinación a la que se está expuesto. Se trata de una posición a la cual se llega a la deriva por falta de reflexión y no de una posición asumida mediante la reflexión conciente. Incluso esto sería más bien imposible ya que, como dice Ch. Nodet: *"una filosofía subjetivista del puro devenir, como la del absurdo integral del mundo, conducen a un clima*

1. Freud recomendaba que nos interesáramos por el psicoanálisis "... por lo que (éste) nos revela sobre lo que más íntimamente interesa al hombre, su propia esencia..." (el subrayado es mío). El dio testimonio de un incansable interés humanista. Se ocupó permanentemente de los grandes temas que preocuparon al hombre de siempre y, a diferencia del "diletante", se dedicó a ellos seriamente, con todo el esfuerzo y el estudio que corresponde. Desestimaba a la filosofía no por lo que ésta se ocupa, sino por creer que se ocupaba mal; según él no encaraba los problemas del hombre sino que creaba ilusiones para eludirlos. De hecho se *apasionó por todas esas mismas cuestiones y las vivió estolcamente*.

No consideraba que se trataba de una mera inclinación personal sino que, en tantas ocasiones, expresó que tal interés constituía un requisito para hacerse psicoanalista.

diffícilmente respirable para el diálogo entre psicoterapeuta y enfermo. En estricta lógica nos podríamos preguntar entonces si todavía quedan enfermos (Psicoanálisis, APdeBA, 80/1).

Sería injusto endilgarle al psicoanálisis —como se ha dicho— ser la causa de la crisis de chatura personal o espiritual, la pobreza “del alma” diría S. Freud, según su expresión preferida. La chatura humana debe responder seguramente a un enjambre de motivos y probablemente hubo épocas con atmósferas poco proclives a dar oxígeno a la vida interior. Podría ser, incluso, una enfermedad de nuestra época.

Actualmente, al menos, la “persona humana” no está entre las cosas que más cuentan. El nuestro no es, precisamente, un “siglo de oro” para el hombre.

Nuestro tiempo, decía G. Marcel, parece caracterizarse por la desmesurada importancia que ha cobrado la idea de función: casi todos los rasgos más humanos del hombre son traducidos en términos que aluden a un funcionamiento controlable y, llegado el caso, reparable. Así, considerándose que el hombre es nada más que un haz de funciones, el pobre psicoanalista que vive —vivimos— hoy, está tentado automáticamente a convertirse, en consonancia, en un ingeniero de la mente. Véase, por ejemplo, cómo la comunicación, en cuanto fenómeno primordial del ser humano, como encuentro de dos intimidades en la creación de la esfera del nosotros —al decir de M. Presas—, corre el riesgo de ser reducida a una mera función transmisora y receptora de informaciones.

No podemos pretender ser inmunes a la misma atmósfera impersonal que respiramos y, si bien es otra la que Freud respiraba para haber podido llegar a crear el psicoanálisis, hay que reconocer que nuestra práctica, hecha sin recaudos, tiene elementos por los cuales estamos especialmente expuestos —junto con los pacientes— a sufrir dicha influencia. El hecho de que necesariamente debamos manejar instrumental teórico, por ejemplo, el cual no tiene otro sentido que el de ayudarnos a comprender mejor, se presta a ser convertido en barrera interpersonal con la que se aniquila toda posibilidad de comprender por pérdida de contacto humano. Es el camino hacia la deshumanización del analizado, del analista y del análisis.

Además de estar junto con nuestra disciplina bajo el influjo de un mundo no humanista, no centrado en el hombre, estamos también bajo el influjo profesional, saludable o pernicioso.

cioso, según la profesión sea ejercitada o no con los necesarios recaudos. No sería una buena nueva que los analistas contemos también con una "enfermedad profesional" propia, pero en tal caso la verdadera desgracia estribaría en que nos tome desprevenidos, creyendo que hemos tomado todos los recaudos. El análisis didáctico, el mantenimiento del encuadre analítico y la pertenencia societaria científica no son recaudos, son requisitos para psicoanalizar.²

D. Meltzer hace notar cómo ha progresado hasta sus propias antípodas aquella temprana y entusiasta opinión de Freud de que todo aquél que aprendiera a analizar sus sueños podría practicar el análisis. Debemos preguntarnos ahora seriamente —agrega— cómo es posible ser psicoanalista sin resultar dañado por su práctica.

Los riesgos del trabajo analítico se derivan, a mi entender, del hecho de ser inevitablemente bastante absorbente en varios sentidos. Es absorbente por una combinación del tipo que demanda, del específico y unívoco modo operacional que requiere y de la continua resonancia que debe encontrar en el analista la amplia gama de vicisitudes afectivas de los pacientes. O sea, poniéndolo en términos descriptivos, para el analista no es raro empezar casi el día analizando y terminarlo de la misma manera. Cotidianamente, en el diálogo en el que toma parte con cada paciente, se limita a ubicarse e intervenir descubriéndole su dinámica transferencial. Reclamado como objeto, sea de las necesidades narcisistas primordiales, sea del amor o de la hostilidad objetal más evolucionada del paciente, reclamo que capta "sintiéndolo en carne propia", a la vez le saca el cuerpo y no reacciona sino tratando de descubrir y ubicándose en la perspectiva contratransferencial.

Todo lo dicho está bien, es correcto y necesario hacerlo. Es lo que se espera de un analista y lo que se propone que aprenda quien quiere serlo. Y sin embargo nosotros debemos saber y recordar que no es todo porque, a no ser que se trabaje

2. Completan los requisitos personales que se traen para iniciar una formación. Muchos la consideran una "formación adicional" que no se recibe con la formación que un Instituto puede brindar ni con el análisis que exige del futuro analista. Más allá de ausencia de psicopatología, los "requisitos personales" requerirían ser expresados en términos positivos. Tal vez la ensayada expresión: "función psicoanalítica de la personalidad", no sea lo adecuado, ya que podría hacernos dar vuelta en redondo, en torno a la misma no-
ria.

mal, el tratamiento de cada persona no (por eso) deja de ser una experiencia real, completa, intensa y prolongada, después de la cual no es exactamente igual que antes de tenerla.

Ningún ser humano, ni tampoco el analista en su vida, organiza su experiencia interpersonal en la forma atípica y específica con que se procede en la relación analítica. Pasar horas de los días de los años, tomando lo que se piensa y siente con una modalidad que no es natural, no es inocuo ni gratuito. Requiere una compensación y ésta no es otra que la cuidada preservación de ese ámbito íntimo donde la totalidad indivisible de la experiencia personal —y de la cual no puede apartarse la que silenciosamente los pacientes nos hacen vivir sin saberlo nunca!!— pueda ser vivida plenamente y consumarse con naturalidad hasta transformarse propiamente en vida interior. Porque, a no ser que uno se haya enajenado en el trabajo, es obvio que las circunstancias vitales con las que nos ponemos en reservado contacto con todo análisis, no difieren mayormente de las que se concitan en el encuentro profundo de todo diálogo auténticamente personal. Nuestro quehacer nos mantiene a una *"proximidad temible de problemas viejos como el hombre: nuestra existencia en relación con nosotros mismos, con los otros hombres y con el Universo"* (G. Zilborg).

Es instrumental y sólo instrumentalmente correcto "hacer de cuenta" que difieren las circunstancias del análisis y las de la vida, que "el encuentro" con el analista es diferente al encuentro con cualquier otra persona. (Freud dice [1926] que *"los fenómenos psíquicos, tan difícilmente aprehensibles, no pueden ser borrados del cuadro de la vida"*). Porque en rigor de verdad el "hacer de cuenta" es nada más que eso, un útil, pero realmente nada tiene de cierto. En realidad es que el analista es como cualquier persona e idéntica a todas en su "condición humana".

Todas las diferencias entre la "experiencia analítica" y la experiencia humana común (que no es decir vulgar), son diferencias artificialmente introducidas por un recorte especializado que establecemos, un recorte de singular valor operacional, insustituible y necesario para el tratamiento del paciente. Hacemos que él se juegue en el plano de las transferencias. Pero el analista no puede entrar impunemente en el recorte ni llegar a creer que su vida, profesional siquiera, se reduce a "contratransferencias". No lo puede por el bien de su persona e incluso por el análisis del cual, al fin de cuentas, re-

quiere de su presencia esencial como verdadero ser humano —aunque nunca habla de su persona como tal ni debe hacerlo— y no de unas meras características personales que deba presentar.

La pericia analítica no es nada fácil y sin embargo todo el dominio técnico y teórico y la captación intuitiva le alcanzan sólo para hacer todo lo que analíticamente corresponde hacer. Pero es imposible limitarse a ese dominio sin caer en la rutina aplastante. Para que ni su vida personal ni su capacidad analítica se deterioren, es preciso que permanezca abierto a algo que trasciende la mera elaboración. Sería algo así como dejar “des-analizar” continuamente su experiencia, para que no deje de ser (o para que vuelva a ser) experiencia y vida verdaderamente humanas.

Es cierto que el análisis debe conservar la autonomía de su dominio y el plano y los instrumentos que le son propios, pero no por eso perder conexión con ese nivel superior que es propio de la realidad permanente del ser humano. Si cortara ese nexo perdería su implícita adscripción a un humanismo vivido y con ello su calidad y su propio sentido. Porque quien se analiza, se analiza para algo, para vivir, digamos. Ahí está el sentido. Nadie vive para analizarse, a no ser que ya nada tenga sentido para él. Pero si de esto se tratara, mejor no agregar nada sino estar uno mismo, muy seguro de no haber perdido de vista el sentido de lo que hace, sentido que no es de sustancia “analizable” porque pertenece a otro campo.

La vida interior del hombre, su vida personal, no es definible sino sólo aludible en sus referencias y manifestaciones. Es cosa de hondura, profundidad o espesor, que es vital y requiere cultivo. No hablemos de tener educación, ni menos de tener ese “barniz cultural”, tan de moda y tan superficial. El cultivo interior no es eso.

Una realidad nuestra es la puramente cotidiana, concreta, fisiológica y mental. No es la única del hombre. Conectada con esa existe otra realidad más propiamente humana, que se llama espiritual en la tradición judeo-cristiana y greco-latina. Es fruto de la capacidad de transformación creadora que el hombre tiene. La conserva si la ejerce y si no la pierde.

Y qué pasa —podría preguntarse— con quienes no creen en esta dimensión que a muchos resuena bajo esa palabra y no en otras? Bien podría ser sólo la cuestión semántica, en cuyo caso no pasa nada. No debe ser cuestión de términos, porque si aquéllos no son sordos para una sinfonía de Beethoven

o ciegos para un cuadro de Velázquez o insensibles frente a un drama de Shakespeare —por ejemplo y como dice R. Squirru— entonces entenderán de lo que estoy hablando.

Lo que yo digo, al fin de cuentas, es que es de vital importancia que los psicoanalistas, verdaderamente hablando, no sean ni sordos, ni insensibles, ni ciegos a todas las cosas que hay como éstas.

Podríamos entonces afirmar que es posible permanecer fieles a nuestro arte y a nuestra tradición —como expresa Nodet— sin amputar a nuestro método su valor humano, sin, a pesar de todo, moralizar ni filosofar indebidamente delante de nuestro paciente quien, como nosotros sabemos, espera otra cosa de nuestro diálogo.

RÉSUMEN

Se trata de algunas observaciones y reflexiones sobre el trabajo que hacemos los analistas con nuestros pacientes, enfocadas desde nuestra condición común de personas. Como tales, aspiramos a una vida humana plena. El análisis, por su esencial sentido terapéutico, está naturalmente orientado a posibilitar esa vida personal a quienes diversos factores psicológicos se lo impiden, con grado variable de gravedad.

Sin embargo, ¿no hay signos de una sutil inversión de las cosas de la que resultaría, para doble degradación del análisis y de la vida personal, ciertos casos donde el análisis pareciera convertirse en un fin en sí mismo, ocupando el lugar de aquélla? De ser así, ¿qué parte nos toca como analistas y nos afecta como personas?, ¿cuáles son nuestras actitudes de fondo? y, más allá, ¿qué oportunidades brinda y qué cabe esperar de la atmósfera cultural que respiramos?

Estas consideraciones son de índole reflexiva, así que es natural que resulten discutibles. Esto es bueno si inducen al verdadero diálogo.

SUMMARY

This work stresses some remarks and reflections related to the task we, analysts, do with our patients as focused from our own condition of ordinary people. Regarded as such, we tend to live a full human life. The analysis, because of its essential therapeutic sense, naturally aims at helping those who have several psychological factors of different degree, achieve that personal life.

However, there seems to be a subtle inversion of the issue which would turn to be, in certain cases, as if the analysis were an aim in itself, occupying

the place of life, thus bringing about the double degradation of analysis and of the personal life. If this is so, how much are we involved as analysts and how much are we touched as persons? Which are our final attitudes? And further on, what possibilities does it provide and what can be expected from the cultural Atmosphere we are breathing in?

As all these considerations are totally reflective, they may be naturally discussed; as far as they can lead to the true dialogue, the discussion is quite positive.

RÉSUMÉ

Il s'agit de quelques observations et réflexions sur le travail que nous, les analystes, nous faisons auprès de nos patients, observations et réflexions envisagées selon notre condition commune de personnes. En tant que simples personnes, nous aspirons à une vie humaine pleine.

L'analyse, dans son sens essentiellement thérapeutique, est naturellement orientée à possibilitier l'accès à une vie personnelle à ceux qui, par des facteurs psychologiques divers et dont le degré de gravité varie, s'en voient empêchés.

Pourtant, n'y a-t-il pas de signes évidents d'une subtile inversion des choses qui entraînerait une double dégradation de l'analyse et de la vie personnelle et dont la conséquence seraient des cas où l'analyse est devenue un but en elle-même, prenant la place de la vie personnelle? Dans ce cas, quel est notre position en tant qu'analystes et en tant que personnes?, quelles sont nos attitudes de fond? et, en dehors de cela quelles possibilités et quel espoir pouvons-nous attendre de l'atmosphère culturelle que nous respirons?

Ces considérations sont le produit d'une réflexion, c'est naturel donc qu'elles soient discutables, ce qui est largement satisfaisant si elles emmènent à un véritable dialogue.

BIBLIOGRAFÍA

- MARCEL, G. - (1969) - "Testament philosophique", *Revue de Métaphysique et de Morale*, 74e. Année, N° 3, 1969, Paris.
- MELTZER, D. - (1966) - "El Psicoanálisis como actividad humana". En *El Proceso Psicoanalítico*. Paidós, Bs. As., 1968.
- MODET, CH. H. - (1958) - "Algunas reflexiones sobre los valores comprometidos en la cura analítica". *Psicoanálisis (Rev. de APDeBA)*, Vol. II, N° 1, Bs. As., 1980.
- PRESAS, M. A. - (1983) - "Dimensión Ontológica de la Comunicación", *Criterio*, año LVI, N° 1900.
- SQUIRRU, R. - (1986) - "Alimentarse de realidad" (Sobre la creación artística). *Conferencia Publicada en La Nación* 16-8-86.